

se está realizando y decidiendo para siempre en este mismo momento en que apaciblemente respira; a la calamidad contemporánea, que si no es debidamente llorada por ojos de mujer, no revivirá en el recuerdo del porvenir...

»Hay que hacerle también comprender algo de lo que es este mundo en que ella vive y ama, comparado con aquel en que vive y ama a Dios. Solemnemente hay que enseñarle a reaccionar de modo que su religión no se debilite al extenderse, y que su oración, ferviente al implorar por su marido o por su hijo, no languidezca al interceder por la multitud de aquellos que no tienen nadie para amarles, por aquellos que están solos y afligidos...»

¡Cuán dulce y ardiente se siente en todos estos consejos el alma del poeta, y cuán amable, cuán grande aparece la mujer al través de ellos! No son, éstas, frases pérfidas para halagar la vanidad y estimular el espíritu de odio y rebelión de cuanto en un sexo puede haber de fracasado; son palabras de fuego, como de apóstol, que forman el alma entera de la mujer, vigorosa y esperanzada en el amor, para todos los trances y situaciones de la vida.

«La instrucción de la niña—continúa Ruskin—debe ser la misma que la del niño, pero diferentemente orientada. En cada clase social, la mujer debe saber lo que por término medio sabrá su marido; pero debe saberlo de otro modo: es decir, lo suficiente para simpatizar con las satisfacciones intelectuales de aquel».

Ruskin, que es un poeta, tiene a veces puntos de sutilísimo psicólogo. Por ejemplo, habla de la lectura de novelas y dice: «En cuanto al prurito enfermizo de la lectura de novelas, le será menos peligroso lo malo que pue-

da encontrar en ellas, que el exceso de interés que le despierten. La mejor novela es temible para ella sí, por la excitación que le causa, le hace parecer insípida la vida ordinaria, y le acrecienta un morboso afán por la lectura de escenas en las que nunca habrá de tomar parte».

Después de otros consejos acerca de la formación del gusto artístico femenino, hace la siguiente reflexión: «Educáis a vuestras hijas como si estuvieran destinadas a ser meros muebles de lujo, y después os quejáis de su frivolidad. Apelad a sus grandes sentimientos de virtud, enseñadles que el valor y la verdad han de ser los pilares de su vida, y veréis cómo responden a vuestra voz. Pero hoy, en la educación que se les da, se atribuye mucha menos importancia a su sinceridad y a su valor que a la manera de entrar en un salón: todo, en el modo de educarlas, es impostura y cobardía: cobardía, porque se les enseña a portarse a gusto sólo del vecino; impostura, porque se hacen brillar ante sus ojos las vanidades de este mundo, cuando la felicidad de toda su vida depende de su firmeza y de no ser nunca deslumbradas».

Muchas otras cosas mejores y muy bellas dice Ruskin en la conferencia que citamos y que lleva el hermoso título de «Los lirios del jardín de la reina»; pero no hay aquí lugar ni ocasión para ponderarlas todas. Si las pocas que hemos dicho pudieran contribuir a orientar entre nosotros la educación de la mujer en el sentido de su naturaleza y de su verdadera misión en la vida, creemos que el mismo Ruskin nos perdonaría el haber omitido las restantes.

*Juan Maragall*

(De los *Artículos*. Obra en seis tomos).

## “MUNDIAL” y “ELEGANCIAS”

son las dos más interesantes revistas que se publican en español.  
Pídalas en la librería LECTURA BARATA.